

Por J.C. SCANNONE, S.J. (San Miguel)

La "mismeidad" por elló no es autoidentidad del Ser (sin más) consigo mismo, sino la afirmación de un sentido de vida propio de un mundo cultural.

Pero advenida la conciencia de historicidad con el descubrimiento de la "relatividad" mundanal, por la que no podemos confundir sin más el "ser manifiesto" con el Ser que se ha ocultado en tal develamiento, nos encontramos con que tomada conciencia de nuestros límites hay un ámbito que nos trasciende, y que nos trasciende precisamente por nuestra limitación.

Pero reconocidos en nuestra limitación en la que no obstante míticamente queremos expresar al todo, no reiteramos meramente todo aquello que se da en el círculo de nuestro límites reconocidos. Hay una urgencia en el ser hombres humanamente, históricamente, por lo que nos movemos hacia una trascendencia de la que positivamente no sabemos nada, pero que es la que nos hace ser nosotros superando la mismeidad.

La superación del monismo por ello se realiza en la historicidad, por la que estamos constantemente abiertos hacia el futuro; y lo importante es que la historicidad en este caso no se descubre o realiza por la tarea intelectual pura (que en cuanto tal es legitimación de lo mismo), sino por una praxis en la que lo humano interpersonalmente tiende hacia una liberación de la mismeidad indiferenciadora (Indiferenciadora en la identificación de un mismo consigo mismo, pero inmanentemente diferenciadora, por cuanto se encuadra en una oposición polémica de partes en la que unas priman sobre otras, estando dado lo humano en la relación opresor—oprimido).

(Mismeidad indiferenciadora, que es la que tiende a imposibilitar el progresivo, encubriendo sus posibilidades. En la historicidad adviene otro tipo de diferenciación, pero es aquella en la que la positividad asumida de lo humano se diversifica en la asunción originaria de cada cual; asunción dada dialógicamente).

Ahora bien la historicidad no se da en una relación meramente horizontal, pues con ello la historicidad desaparecería al faltarle la tensión hacia la verticalidad de su trascendencia.

¿Implica esto una superación de un monismo en el orden del ser? ¡Esa es la cuestión!

Ampliamente conocido en círculos cristianos del Gran Buenos Aires es el libro de Francisco Jálcs *El encuentro con Dios*. En esta breve nota no haré la descripción de las partes del libro, ni ofreceré su evaluación crítica, sino que solamente me referiré al método teológico que adopta¹. Su intención y mérito principal es unir teología y vida según el Espíritu. Pues no se trata de una obra meramente espiritual o de valor pastoral, sino *teológica*, que sin embargo y por eso mismo tiene un valor pastoral y espiritual. Según el autor su intento es el de hacer teología *en el nivel de las actitudes* (cristianas, aunque no siempre explícitamente cristianas), pero haciendo tomar conciencia al hombre de lo que vive espontáneamente, expresando y articulando en discurso su vida y su proceso hacia Dios en Jesucristo: aún más, discerniendo sus pasos hacia El. Dichas tomas de conciencia, expresión, articulación y discernimiento implican reflexión y crítica, es decir, el *lógos* reflexivo propio de la *teo-logía*. Importante es que se trata de una *teo-logía*, que expresa no solo al *theós* pensado, sino también vivido, porque se trata del Dios vivo. Por eso el método de Jálcs nos recuerda que toda teología, para ser verdaderamente tal, debe moverse en el ámbito de la vida espiritual, y ser por ende *sabiduría*, aunque adopte otro nivel de reflexión para articular su discurso, y aunque la praxis desde donde surge y a la que vuelve no sea primariamente la praxis espiritual. Gustavo Gutiérrez, al esbozar en su *Teología de la liberación*, una historia de la teología, nos dice que ésta es todo a una: sabiduría, ciencia y reflexión de la teología histórica a la luz de la Palabra. El libro de F. Jálcs acentúa el primero de los términos, en un lenguaje apropiado para el hombre de hoy.

El mismo autor explicita que su *punto de partida* es la vida misma con sus experiencias y problemas: en la vida, en el otro, en el encuentro interpersonal, (descubiertos como símbolos) encuentra a Dios. El libro quiere mostrar ese encuentro y articularlo en su real *itinerario*, que implica, por un lado, el paso por crisis de fe, y por otro, un ordenamiento temporal del discurso teológico. Por ello éste no es sistemático, sino *histórico y fenomenológico*. Aquí tomo la palabra "fenomenología" en un sentido *no técnico*. No se trata de fenomenolo-

¹ *El encuentro con Dios*, Ediciones Paulinas, Buenos Aires, 1971². El autor hace consideraciones sobre su método en la Introducción al libro (págs. 7 y sig.), y en su conferencia: ¿Qué significa ser teólogo en 1971?, tenida como clase inaugural del curso respectivo en las Facultades de Filosofía y Teología de San Miguel, y policopiada posteriormente.

gía en el nivel reflexivo hegeliano, blondeliano o husserliano, sino en el de la explicitación de la experiencia en lenguaje reflexivo pero sencillo, tal que en él pueda reconocerse inmediatamente el cristiano argentino de hoy. El teólogo obra casi como un director espiritual que más que dirigir ayuda a explicitar desde la fe lo que el cristiano vive, y a discernir teológicamente su vida. Se mueve, como decíamos, “a nivel de actitudes”; mas, como “hay una verdad en cada actitud”, interpreta y discierne la verdad de éstas a la luz de la *sabiduría cristiana*. Ello implica necesariamente un compromiso con la verdad discernida, y un encaminamiento espiritual que se elabora teológicamente en vistas a la *praxis*. El P. Jálcs casi no cita la Escritura, pero ésta aparece casi en cada página. Según lo dice, la lectura de los *signos de Dios* en la vida la hace desde esa sensibilidad especial y sentido común (teológico) cristiano, que él llama, con la tradición, sabiduría. Esta supone el conocimiento asiduo y científico de la Escritura y la tradición de la Iglesia, de ciencias humanas y de una filosofía actualizada, pero es aquello que queda por connaturalidad en la reflexión, luego que ésta ha asimilado en el Espíritu tales riquezas hechas pobreza de simplicidad sapiencial. Hablamos de lectura de signos: de ahí la importancia de lo *simbólico* en este discurso teológico.

No siempre el libro refleja en todo su valor el método adoptado. Estimamos que es en la tercera parte denominada “El encuentro cristiano con Dios”, más precisamente, en su primer capítulo —titulado “Vivir en Jesucristo”—, donde dicho método se muestra mejor. No es para menos: se trata del capítulo central del libro. Por ejemplo, las páginas sobre la vivencia del pecado original o de la muerte y resurrección en la vida cristiana, evidencian la riqueza interior del método adoptado, que supone en el autor no sólo experiencia espiritual (en sí y en otros) de la vida cristiana, sino también reflexión teológica hecha asimismo en otros niveles de explicitación. Esas páginas, como otras del libro, pueden ser a su vez ayuda para perfilar la expresión teológica en esos otros niveles, más especulativos, de reflexión. Dicho sea de paso: hubiera sido mejor explicitar aún más, siguiendo el mismo método y el mismo nivel de discurso, lo referente a la resurrección. Por otro lado, yo no hablaría de “superación de la fe” en la experiencia cristiana, pues ésta se sigue moviendo, aún en sus estadios más unitivos, en el ámbito de la fe (pienso, v.g., en San Juan de la Cruz).

Como decía, es la parte central del libro la que muestra las peculiaridades de su método. Las dos primeras partes (respectivamente: “El encuentro personal” y “El encuentro con Dios”), suponen tal metodología y participan de sus riquezas, pero su exposición tiene un enfoque más sistemático. El mismo autor previene que las redactó algún tiempo antes que la tercera. En cuanto al segundo capítulo de la tercera parte, a saber: “La integración en la Iglesia visible”, según mi impresión, no hace pasar al lector *por todo el proceso* implicado en el método adoptado, sino que se queda a medio camino. El autor recoge primeramente la autocrítica que hoy se está dando en la Iglesia, en *nuestra* Iglesia. Son expresiones duras, pero las más de las veces verdaderas, aunque unilaterales. Pero es precisamente parte de su método el recoger la

vivencia cristiana como se da, y expresaría de modo que el cristiano se reconozca en ella, para ayudarlo luego a elaborarla y discernirla teológicamente. Pues bien, dicho capítulo ofrece después las bases doctrinales y las líneas prácticas de elaboración de una solución, líneas que el lector *debería* seguir; pero el libro *no sigue* el proceso que señala. Está claro que el autor no quiere dar soluciones prefabricadas, y en eso es fiel a su método. Con todo éste pediría que también en esta importante etapa *se elaborara* teológicamente, en el nivel de las actitudes, ese itinerario de integración real a la Iglesia en crisis. Ya es mucho señalar, como lo hace Jálcs, cuáles son esas actitudes, pero su método pediría que no sólo se indique el camino, sino que se lo siga paso a paso, como se hizo, v.g., con el encuentro con Dios en Jesucristo. Eso mismo quitaría todo posible malentendido acerca de ese último capítulo del libro, dedicado al encuentro con Dios en la Iglesia concreta.

Creemos que tal método podría ayudar también para iluminar teológicamente en el nivel de las actitudes, la *praxis* cristiana cuando se hace *praxis* sociopolítica, tanto cuando se trata de la *praxis* de los individuos, como de la del pueblo (de Dios). Seguir elaborándolo y transformándolo en esa dirección sería un servicio al encuentro con Dios como se está dando de hecho en la *praxis* histórica latinoamericana, pues se ayudaría a explicitarlo, articularlo y discernirlo, también en ese nuevo “lugar teológico”. Eso es hoy más que nunca importante entre nosotros, pues es precisamente en la *praxis* histórica con todas sus ambigüedades y riesgos donde se precisa el discernimiento espiritual y su explicitación teológica en el nivel de las actitudes personales, grupales y sociales.

Dicha explicitación teológica en el nivel de las actitudes —tanto en el encuentro individual con Dios como en el social—, se relaciona dialécticamente con la articulación de la misma experiencia en otros niveles —más especulativos, lo que no quiere decir más abstractos— de reflexión teológica. El método de Jálcs puede ofrecer un servicio a éstos, pues ellos no deben olvidar, según antes lo afirmamos, que la teología no es tal si deja de ser sapiencial, aún en sus expresiones más científicas. Para dicha interacción dialéctica de métodos sería de provecho una mayor explicitación reflexiva de los pasos, crisis y mediaciones por las que pasa el itinerario del encuentro con Dios en nuestra situación histórica. Jálcs da preciosas indicaciones en ese sentido, que podrían ser más conscientemente elaboradas y completadas.

De lo dicho se desprende que este libro puede ser leído en distintos niveles. Su lectura sencilla puede ser una verdadera ayuda espiritual para el cristiano, y de un aporte auténticamente pastoral para el pastor de almas. El teólogo descubre en él también otros valores explícitamente teológicos. Por ello mismo tiene la oportunidad de criticarlo desde el propio método adoptado, a fin de que éste desarrolle y articule lo que aún está implícito en la actitud teológica que trasparenta.